

La resurrección y la gloria

Frank Binford HOLE

biblicom.org

Ningún hecho en la Escritura es más maravilloso que este: hay un hombre resucitado en la gloria de Dios. Es la continuación de la maravilla de Dios manifestada en la carne (1 Tim. 3:16). También es la base de una tercera maravilla, a saber, el descenso del Espíritu Santo a la tierra para habitar en el creyente, según Juan 7:39.

Podemos decir que ningún hecho de las Escrituras está tan cuidadosamente verificado. En 1 Corintios 15:3-4, el apóstol Pablo repite el evangelio que predicó. La muerte de Cristo por nuestros pecados y su sepultura se mencionan sin más, pues no era necesario verificar estos hechos indiscutibles y reconocidos por todos. Pasa al tercer punto del evangelio: «Fue resucitado al tercer día, conforme a las Escrituras». Para apoyar esto, presenta una serie de testigos. A diferencia de su muerte, la resurrección de Cristo no fue vista por el mundo y no fue acompañada de ningún efecto espectacular. Sin embargo, es la piedra angular de la verdad divina, como muestran los versículos 13 al 19. Por lo tanto, es necesario que el apóstol comience por mostrar que la resurrección de Cristo es un hecho indiscutible.

En los versículos 5 y 8, Pablo menciona seis ocasiones en las que el Señor resucitado fue visto. Comienza con Pedro, luego menciona a más de 500 hermanos que lo vieron al mismo tiempo, y termina con su propio testimonio. Lo vio no solo resucitado, sino en la gloria. La lista que ofrece no es exhaustiva. No menciona a las mujeres que lo vieron, y no dice nada sobre Esteban. Sin embargo, dada la abundancia de testimonios que cita, está bastante claro que, si la resurrección de Cristo no es un hecho cierto, entonces no podemos estar seguros de ningún acontecimiento histórico.

Una vez establecida la certeza de la resurrección, el apóstol pasa a demostrar su importancia central. Su argumento en 1 Corintios 15:14-19 se basa en la suposición de que Cristo no ha resucitado. ¿Qué pasaría entonces? Bueno, todo el edificio de fe y de bendición se derrumbaría. La predicación de los apóstoles sería vana y se descubriría que eran falsos testigos. La fe de los corintios, o de cualquier cristiano de hoy, sería vana, y seguirían en sus pecados. Los santos que murieron en Cristo no estarían en la dicha, sino que habrían perecido. Los santos vivos serían más miserables que todos los hombres, porque creer les trae desventajas terrenales, y así tendrían un poco más de dolor en esta vida presente, sin recompensa en la vida venidera. La resurrección de Cristo es realmente la piedra angular. Si se elimina, todo se derrumba.

También podemos compararlo con la piedra angular sobre la que descansa la verdad. Es la garantía de que todos los propósitos de Dios se cumplirán. En el versículo 20,

el apóstol pasa de la suposición negativa a la afirmación positiva de que Cristo ha resucitado, y luego enumera todo lo que sigue. Comenzando con la resurrección de los santos en su venida, pasa al estado eterno donde Dios será todo en todos (v. 28). La gloria de ese día será la piedra de apogeo, al igual que la resurrección de Cristo es el fundamento.

Una vez demostrada la certeza de la resurrección de Cristo y establecida su importancia, la última parte del capítulo presenta cómo se aplica a nosotros. Se da mucha luz sobre lo que ella significa y lo que implica realmente para el creyente.

Vemos, por ejemplo, que la resurrección no es un mero restablecimiento de la vida en las condiciones ordinarias de este mundo, como ocurrió cuando el Señor devolvió la vida al hijo de la viuda de Naín o a Lázaro de Betania. Estos hombres volvieron a la vida en este mundo y luego murieron de nuevo. La resurrección implica condiciones de vida totalmente nuevas, como muestran los versículos 42 al 44. En este mundo, nuestras vidas están caracterizadas por los cuerpos naturales con sus debilidades, que terminan en la corrupción en la tumba. En la resurrección, tendremos cuerpos espirituales caracterizados por la incorruptibilidad, la gloria y el poder.

Además, como indican los siguientes versículos, nuestros cuerpos actuales son a imagen de Adán, el hombre terrenal, y son mortales. En la resurrección, nuestros cuerpos llevarán la imagen de Cristo, el hombre celestial, y serán inmortales e incorruptibles. La resurrección es la manifestación pública de la victoria sobre la muerte y el sepulcro, de modo que cuando los santos estén en sus cuerpos resucitados, se cumplirá triunfalmente la frase «la muerte ha sido sorbida por la victoria» (v. 54). Esto es lo que esperamos, pero ya nos alegramos, porque Dios «nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (v. 57).

De hecho, la victoria que está por venir depende enteramente de la victoria ya lograda. En un abrir y cerrar de ojos, a la última trompeta, los santos, como un poderoso ejército, estarán en la gloria, cambiados por la resurrección. Su victoria será grande y sus corazones llenos de alabanza.

Pero ¡cuánto más grande fue la victoria fundamental del Señor Jesús cuando, en las primeras horas del primer día de la semana, salió con un cuerpo resucitado de la tumba de José, que estaba sellada con una piedra y custodiada por los soldados!

Nuestra victoria es solo en virtud de la suya. Todo es «por nuestro Señor Jesucristo».

Consideremos de nuevo su resurrección. No fue restaurado para reanudar su vida en este mundo, incluso si era perfecta y de toda belleza moral. María Magdalena,

el día de la resurrección, pensaba que simplemente había vuelto a la vida, como Lázaro, pero se equivocaba. Ella debía saber que él había resucitado sobre una base totalmente nueva. Había dejado su vida y la había retomado como había dicho ([Juan 10:17](#)), pero en condiciones nuevas, celestiales, adaptadas para el glorioso lugar supremo que pronto iba a ocupar a la derecha de Dios.

Este capítulo deja claro que el Señor Jesús es ahora un hombre glorioso. Por su resurrección, no ha abandonado la humanidad que asumió en la encarnación, como algunos parecen pensar. Su cuerpo santo, que nunca vio la corrupción, ha adquirido una nueva condición, espiritual. Ahora, su cuerpo ya no puede pasar por la muerte, es un cuerpo en el que permanece eternamente. Según nuestro capítulo y [Filipenses 3:21](#), este es el glorioso modelo al que deben ajustarse nuestros cuerpos resucitados.

¡Y este hombre resucitado está en la gloria! –Esto es realmente sorprendente. El punto de vista del Antiguo Testamento se expone de forma bastante concisa en el [Salmo 115:16](#): «Los cielos son los cielos de Jehová; y ha dado la tierra a los hijos de los hombres». La tierra era claramente la esfera del hombre tal y como fue creado originalmente, era donde gobernaba. De acuerdo con esto, el *cielo* solo se menciona 38 veces en los Salmos, y a menudo simplemente para indicar el cielo atmosférico, donde vuelan las aves; mientras que la *tierra* se menciona al menos 135 veces. El punto de vista del Nuevo Testamento, tras la exaltación de Cristo, es muy diferente y considerablemente amplía.

Comparando [Efesios 1:20-23](#) con el versículo del [Salmo 115](#), vemos no solo que Dios resucitó a Cristo de entre los muertos, sino que lo sentó «a su diestra en los lugares celestiales». El Hombre resucitado no solo está por encima, sino que está muy por encima de *todas* las categorías de seres espirituales que están en los lugares celestiales y de las autoridades que están en la tierra, ya sea en esta época o en la venidera. Él es la Cabeza y el Gobernante de todos ellos y, de una manera mucho más íntima, él es la Cabeza de su Cuerpo, la Iglesia. No es de extrañar, pues, que los que formamos la Iglesia seamos bendecidos con «toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» ([Efe. 1:3](#)).

Notemos de nuevo que en todo esto el Señor Jesús es *el que nos representa*. Nos alegramos de su resurrección y de la gloria que es suya, pero no olvidemos la repercusión de todo esto en nosotros mismos. Al resucitar, estaba liberado de los dolores de la muerte ([Hec. 2:24](#)). La muerte, por supuesto, no tenía ningún derecho sobre él. Solo tenía derecho a él en la medida en que asumió nuestra causa y en la cruz fue nuestro sustituto. Su resurrección implica, por tanto, que estamos liberados de

todo dolor y pena. Él fue liberado, y nosotros fuimos liberados. Fue «entregado a causa de nuestras ofensas, y fue resucitado para nuestra justificación» (Rom. 4:25). En este sentido, su resurrección es a menudo referida como el recibo que Dios ha entregado en las manos del creyente, declarando que está descargado de todas sus obligaciones que fueron asumidas por el Señor Jesús, en su muerte.

Más que eso, es también la garantía y el comienzo de esa nueva creación a la que el creyente es llevado. Es como la hoja de olivo que la paloma trajo de vuelta después de que Noé la enviara sobre las aguas por segunda vez (Gén. 8:6-12).

La paloma, emblema del Espíritu Santo, fue enviada tres veces. La primera vez, volvió sin nada. No podía encontrar un lugar donde poner la planta del pie, porque las aguas estaban por todas partes. Esto representa la ruina total del primer hombre y de la vieja creación en relación con él. Todo estaba sumergido en la muerte. La segunda vez volvió con una hoja de olivo. La tierra renovada empezaba por fin a aparecer sobre las aguas. Aquí podemos ver al segundo hombre en el que solo Dios encontró placer. Su resurrección, aunque estaba solo, fue el comienzo de la nueva creación. La tercera vez, la paloma encontró no solo una hoja, sino un lugar de descanso para sus pies. Así, se acerca el día en que el Espíritu de Dios será derramado en abundancia sobre una tierra renovada, y en el que, después del Milenio, habitará con perfecta satisfacción en la nueva creación.

Qué pensamiento tan feliz, que en el hombre resucitado y glorificado vemos la garantía y el comienzo de ese tiempo bendito que nuestra alma desea, en el que el pecado no será más.

Los incrédulos modernos no vacilan en negar la resurrección de Cristo, e incluso su muerte, para intentar evitarla. ¿Qué podemos decirles?

No mucho. Como hecho histórico, la resurrección de Cristo ha sido probada con una plenitud y exactitud a las que muy pocos, si es que alguno, de los grandes eventos de todos los tiempos, puede reclamar. Si los hombres ponen su catalejo en el ojo ciego, como Nelson, y no ven la evidencia, lo que se pueda decir tendrá poco efecto.

La mayoría de ellos probablemente ven muy bien que, de todos los milagros, la resurrección es el primero y que, si lo aceptan, ya no podrán negar nada de lo que tiene un carácter milagroso en las Escrituras.

¿Por qué, en los Hechos, el tema central de la predicación de los apóstoles es la resurrección de Cristo y no su muerte?

Porque su muerte estaba aceptada por todos, y en este sentido solo tuvieron que explicar su significado. Su resurrección, en cambio, fue muy discutida. Los apóstoles se enfrentaban a una fuerte oposición y sabían que, si el Espíritu de Dios utilizaba su testimonio para romper esta resistencia, la posición de la incredulidad se derrumbaría.

Por cierto, esto demuestra que los apóstoles y los hombres de aquella época no eran tan crédulos como para hacerles creer cualquier cosa. Pablo les dijo: «¿Por qué os parece increíble que Dios resucite a los muertos?» (Hec. 26:8). La resurrección les parecía a los hombres tan increíble como lo es hoy; sin embargo, los apóstoles y todos los que recibieron su testimonio mantuvieron esta verdad, aunque para todos ellos significó sufrir pérdidas en el mundo y para muchos, la muerte como mártires.

¿Es correcto hablar de la resurrección del cuerpo? Algunos insisten en que son las personas las que son resucitadas.

Si observamos cuidadosamente lo que presenta **1 Corintios 15**, podemos ver que es totalmente bíblico hablar de la resurrección del cuerpo. Entre los corintios se había planteado una pregunta sobre el cuerpo de resurrección: «¿Cómo son resucitados los muertos? Y ¿con qué clase de cuerpo vienen?» (v. 35). El apóstol responde mostrando la analogía entre la sepultura del cuerpo de un santo y un grano de trigo que se siembra. Lo que se entierra o se siembra tiene la misma identidad que lo que sale de la tierra. Y, en ambos casos, el resultado resucitado está muy por encima de lo que se sembró. En el versículo 44, dice claramente: «Se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual». La resurrección del *cuerpo* difícilmente podría ser declarada más claramente.

Es cierto que las Escrituras, como hacemos a menudo, a veces identifican a una persona con su cuerpo en lugar de con su espíritu. Por ejemplo, dice: «Unos hombres piadosos sepultaron a Esteban» (Hec. 8:2). Si consideramos a Esteban identificado con su espíritu, estaba con Cristo. En realidad, solo tenían que enterrar su cuerpo. **Juan 5:28-29** nos dice que «todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán». Sus espíritus están con Cristo, son sus cuerpos los que salen.

A algunos les cuesta mucho ver al Señor Jesús como un hombre para siempre. ¿Es esto una verdad de las Escrituras?

Examinemos las pruebas de las Escrituras, paso a paso.

El día de la resurrección, salió de la tumba como un hombre real, en un cuerpo

humano. No era un cuerpo de *carne* y de *sangre* como antes de la Cruz, sino de *carne* y *hueso* ([Lucas 24:39](#)); un cuerpo en el que podía comer ([Lucas 24:43](#)), que llevaba las marcas de sus sufrimientos y que podía ser tocado por Tomás ([Juan 20:27](#)).

En este mismo cuerpo fue «llevado al cielo» ([Lucas 24:51](#)). «Una nube lo recibió y lo ocultó a su vista» ([Hec. 1:9](#)). No se puede decir de un espíritu que sea *llevado hacia arriba*, ni que se necesiten nubes para recibirlo y protegerlo de la vista humana. Todavía era un hombre.

Poco después, Esteban lo vio en la gloria. Su testimonio fue: «Veo... al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios» ([Hec. 7:56](#)).

Más adelante, Pablo escribe sobre Él como «el hombre Cristo Jesús» ([1 Tim. 2:5](#)). No dice que *una vez* fue el hombre Cristo Jesús. Habla de él como hombre, *hoy*.

El Milenio venidero no se colocará bajo los ángeles, sino bajo el hombre en la persona del Hijo del Hombre. Este es el argumento de [Hebreos 2:5-9](#). Está claro que será un hombre, en la era que viene.

Al final del Milenio, entregará el reino a Dios Padre y él mismo se someterá (véase [1 Cor. 15:24-28](#)). Puesto que es Dios, igual al Padre, cabe preguntarse cómo puede estarle sometido. Es solo porque también es un hombre. Como hombre, cumple perfectamente el lugar de sujeción del hombre sin dejar de ser igual al Padre. Nuestro Señor es Dios en su esencia, pero ocupa el lugar de la sujeción eternamente, lo que solo puede explicarse por el hecho de que, por toda la eternidad, sigue siendo un hombre. Y como tal, es la cabeza y el sostén de la creación redimida, fruto de su trabajo.

¿Es correcto considerar la gloria como siendo futura? ¿No está Jesús glorificado hoy?

En efecto, hoy está glorificado a la derecha de Dios. Pero esto no contradice en absoluto lo que el Antiguo Testamento predice tan abundantemente, a saber, su gloria visible que vendrá donde antes estuvo en oprobio.

Cuando Jesús se presentó a Israel como su rey, entrando en Jerusalén sobre un pollino como había predicho el profeta, había llegado el momento de ser glorificado ([Juan 12:23](#)). ¿Fue glorificado? No, al contrario, habló inmediatamente de su muerte y de sus consecuencias. Poco después, en el aposento alto, dijo: «Ahora es glorificado el Hijo del Hombre». Solo Dios, habiendo sido glorificado por la cruz, iba a glorificarlo «en sí mismo» y lo haría «enseguida» ([Juan 13:31-32](#)). Esta es su gloria

actual oculta en el cielo.

En la oración del Señor, en [Juan 17](#), tenemos tres referencias a su gloria:

En el versículo 5 pide ser investido, como hombre, de la gloria que tenía con el Padre antes de que el mundo fuera. En esto, solo puede estar él.

En el versículo 24 habla de «mi gloria que me has dado». Es una gloria suprema que le ha sido concedida en virtud de sus sufrimientos y de su muerte y en la que también está solo; podemos contemplarla.

En el versículo 22 dice: «La gloria que me has dado, yo les he dado». Es la gloria pública de la era venidera que nosotros, sus santos, compartiremos. Cuando él será manifestado, nosotros seremos manifestados con él en gloria.